

CAPITULO V.

En los dias de la caballería, el encargo de un puesto aventurado ó de una hazaña peligrosa, se miraba como el galardón del denuedo que un guerrero habia demostrado en otras ocasiones, del mismo modo que al subir un empinado monte, las dificultades

que se han vencido para llegar á una roca, empeñan á dirigirse á otra mas áspera y difícil.

Era ya media noche, y la luna paseaba magistuosamente su pálido resplandor en el espacio de los cielos, cuando sir Kenneth del Leopardo dormido se paseaba solo en el monte de San Jorge, cerca del estandarte de Inglaterra, para defender la gloriosa insignia de aquella nacion de los insultos que hubieran podido meditar contra ella los numerosos enemigos que le habia suscitado la soberbia de Ricardo Corazon de Leon. Altos pensamientos y audaces esperanzas lisonjeaban sucesivamente su fantasía. Pareciale haber merecido un notable favor de aquel valiente monarca, que hasta entonces no se habia dignado distinguirle entre la turba de guerreros alistados bajo sus banderas, y atraídos en torno de su persona por su arrojada intrepidez; y miraba como testimonio indudable de aquella honra, la que le habia conferido, al ponerle en un sitio que á la sazón era el mas arriesgado é importante del campamento,

porque de los Turcos nada debia temerse, habiendo una tregua con Saladino, mas no hay treguas con los odios de los hombres, ni con las asechanzas de los malquerientes. La memoria del alto objeto en que se habian fijado los afectos de su corazon, inflamaba ademas su belicoso entusiasmo. Bien conocia que aquella pasion se habia propuesto un término que rayaba en la línea de lo imposible, y que solo en virtud de las mas extraordinarias é imprevistas circunstancias podia ser coronada por el elevado galardón que apetecia: con todo, las ocurrencias de aquellos últimos dias habian disminuido, á su parecer, la distancia que le separaba de la ilustre cuanto hermosa Edith. El caballero que Ricardo habia favorecido, constituyéndole depositario de la prenda mas encumbrada del honor de sus armas y de su nacion, no era ya un aventurero oscuro y vulgar; seguramente no podia lisonjearse con la idea de haberse colocado de pronto al nivel de su dama; pero á lo menos se aproximaba á su esfera. Su suerte, de ahora en adelante, no

podia ser envuelta en el olvido comun, que aguarda á los que han nacido sin opulencia, y pelean sin gloria. Si una fuerza superior le sorprendia, sabia morir matando, y su muerte excitaria los loores y la venganza de Ricardo, y el dolor, y quizas las lágrimas de las nobles damas, lustre de la corte de Inglaterra. Lo peor que podria acaecerle era morir, mas no como un cobarde.

Entregábase el valiente Escoces á estas placenteras ilusiones, tan propias de aquel gallardo espíritu que reinaba en las costumbres de la órden de caballería, la cual en medio de sus fantásticas extravagancias, no se habia contaminado con la ponzoña del egoismo, sino que observaba como sagradas leyes, las de la generosidad y las del desprendimiento, proponiéndose objetos remontados y sublimes, incompatibles quizas con las imperfecciones y flaquezas de la condicion humana. Toda la naturaleza reposaba inmóvil á la plácida vislumbre del astro de la noche. Las largas hileras de tiendas y pabellones, iluminadas en parte por los reflejos de la

luna, en parte confusamente oscurecidas por la sombra que unas á otras se hacian, ofrecian la imágen de las calles tristes y silenciosas de una ciudad desierta. Al pie del asta de la bandera yacia el fiel alano del Escoces, único compañero de su guardia, y en cuya vigilancia é instinto confiaba, para descubrir de lejos á algun mal intencionado. El astuto animal, como si entendiese la arriesgada posicion de su dueño, miraba de cuando en cuando las ondas pomposas del magnífico estandarte, y al grito de las centinelas que rodeaban el campamento, respondia con un penetrante ladrido, como si quisiera dar á entender que tambien él estaba vigilante y pronto á descubrir el peligro. A veces alzaba la cabeza, cuando su amo pasaba á su lado, en los cortos giros que daba en torno del pendon; á veces, cuando sir Kenneth se paraba, apoyado en su lanza, fijos los ojos en la anchura de los cielos, y arrobada la mente en sus exaltadas contemplaciones, el perro se le acercaba suavemente, y le sacaba de aquella distraccion con sus

afectuosos aunque tímidos halagos. De pronto se vuelve con furor hácia una de las extremidades del parapeto, prorumpe en un tremendo ladrido, fija los ojos en donde las sombras eran mas profundas, y se detiene al borde de la elevacion, como si aguardase las órdenes de su dueño.

— ¿Quién vive? gritó sir Kenneth, sospechando que alguien subia al monte.

— En el nombre de Merlin, y por los tres reyes magos, contestó una voz áspera y desagradable, encadena ese demonio en figura de can, ó vuelvo gurupa, sin desempeñar mi encargo.

— ¿Y quién eres tú que osas acercarte á este puesto? preguntó sir Kenneth, reconociendo cuanto podia la vista, y fijándola en un confuso objeto que en los declives del monte se divisaba, aunque sin poder distinguir su forma. Aquí estoy yo á muerte ó á vida.

— Sujeta, dijo la misma voz, á ese Satanas que tienes á tu lado, ó de un ballestazo le quito de en medio: al mismo tiempo se oyó

un ruido semejante al crujido de la llave de una ballesta.

— Desmonta, dijo sir Kenneth, el arma, y preséntate aquí donde mis ojos puedan examinarte. Por San Andres que te clavo al suelo, quien quiera que seas, si no me obedeces.

Diciendo estas palabras, tomó por el medio la lanza, con ánimo de arrojarla al que le habia hablado, como era costumbre de los caballeros, cuando de otro modo no podian alcanzar al enemigo, mas casi se corrió de esta determinacion, cuando vió salir de la sombra á la luz de la luna, como un comediante sale de los bastidores al teatro, á una diminuta y contrahecha criatura, en cuyo trage, ademanes y rostro conoció al enano de la capilla de Engaddi. El Escocés apoyó la lanza en tierra, y recordando los sucesos de aquella noche feliz y misteriosa, hizo seña al alano, el cual la entendió inmediatamente, y volvió á colocarse al pie del asta, no sin un sordo gruñido, que mostraba su mal humor y su desconfianza.

El diforme compendio de la humanidad, viéndose libre de aquel formidable enemigo, acabó de subir á la plataforma, con gran dificultad y trabajo, por ser demasiado cortos y desproporcionados sus miembros para vencer las asperezas del camino, y el declive de la cuesta. Al acercarse á sir Kenneth, desmontó la ballesta que en la mano llevaba, y que era como las que los muchachos de aquel tiempo usaban para matar gorriones; y contoneándose gravemente, extendió la mano derecha hácia el Escoces, como esperando que este le dirigiese un reverente saludo. Mas el caballero no estaba de humor de satisfacer aquel deseo, lo que visto por el pigmeo, alzando con altanería su disonante voz: —Soldado, le dijo, porqué no tributas á Nectabano el homenaje debido á su dignidad? ¿Posible es que lo hayas borrado de tu memoria?

— Gran Nectabano, respondió sir Kenneth, con el objeto de divertirse del ridículo ballestero, imposible es que te borre de su memoria quien ha tenido la dicha de vert

una sola vez. Perdona mi criminal descuido; pero soy soldado, estoy en mi puesto, y con las armas en la mano, y no habia hecho alto en tu noble y airosa persona. Humíllome ante tu grandeza, y beso la tierra que pisan tus plantas, sometiéndome ademas, al castigo que tu justicia y prudentes ciquieran imponerme.

— Basta, respondió el enano, con que inmediatamente sigas mis pasos, y te presentes ante la persona que en tu busca me envia.

— Gran señor y embajador ilustre, respondió sir Kenneth, pésame desobedecer tu soberano mandato, que en cualquiera otra ocasion seria recibido de mí con el debido acatamiento: mas este es mi puesto hasta que el dorado Febo se asome por los balcones de la Aurora.

Dicho esto, volvió á pasearse delante de la bandera; pero el enano habia resuelto no dejarle libre tan pronto de su importunidad.

— Ahora bien, le dijo, saliéndole al paso, y cortándole el camino, finca las mientes en lo que van á pronunciar mis labios; ó me

obedeces, como en toda ley estás obligado á hacerlo, ó ejerceré mi autoridad en nombre de aquella cuya sin par hermosura muy mas resplandece entre las lindas de la corte, que el sol entre los astros del firmamento; de aquella cuya remontada gerarquía eclipsa la de Júpiter mismo, el de los destructores rayos. Decídate ahora y niegate si te atreves á humillarte á mis preceptos.

El caballero al escuchar estas razones se atrevió á formar una conjetura que lisonjeaba altamente sus esperanzas: mas no pudo darle asenso por un solo instante. Parecíale imposible que la dama de sus afectos le enviase tal mensajero y tal mensaje; sin embargo de esta sensata reflexion, trémulo de inquietud y de esperanza: — Explícate sin rodeos, le dijo, Nectabano. Díme, á fuer de hombre de bien, si esa sublime princesa de quien hablas es otra que la celestial houri, que con tanta gracia manejaba la escoba en la capilla de Engaddi.

— Atrevido, temerario y presuntuoso garzon, dijo Nectabano, ¿piensas tú que la dueña

de mis reales afectos seria capaz de fijar los suyos en un vasallo?; Tal te imaginas de la compañera de mi encubramiento!; De la luz de mis ojos! Desacordado vas en demasía. Grandes serán tus hazañas, y gloriosa tu nombradía; mas aun no has sido digno de que ocupe en tí sus pensamientos la reina Ginebra, la augusta esposa de Arturo, ante cuyo trono los reyes mas poderosos no son mas que humildes insectos. Mira este joyel; mírale bien, y segun conozcas ó desconozcas á su dueño, asi obedecerás ó infringirás, como mas te plazca, los mandatos que á mi celo y prudencia ha confiado.

Al mismo tiempo puso en manos del caballero un anillo de rubíes. Era el mismo que ordinariamente llevaba al dedo la ilustre dama que reinaba en el corazon del Escoces, y aun cuando sus ojos no le hubiesen reconocido, todas sus dudas se hubieran disipado al ver la cinta color de rosa, que de la joya pendia. Este era el color favorito de la hermosa Edit, y aun por esto le habia usado tantas veces en sus libreas sir Ken-

neth, proclamando frecuentemente la victoria en su favor, en torneos y batallas.

Sir Kenneth quedó confuso al ver tan alta prenda en tan humildes manos.

— En nombre de todo lo mas sagrado que los cielos y la tierra comprenden en su vasto recinto, dijo el Escoces, despues de haber reflexionado sobre tan inesperado suceso, deja á un lado si puedes tus dislates y bufonadas, y nómbrame la persona que te envia, y el objeto que se propone; y ten cuenta con lo que dices, que no es de chanzas este asunto.

— Desalumbrado caballero, respondió el enano, ¿qué mas puedes saber en esta materia sino que un príncipe te visita y una princesa te llama? Ni se trate de mas, por ahora, que de resolverte al partido que has de abrazar. Esa presea te dice que su dueño te aguarda. Cada minuto que tardes es un crimen que cometes; una violacion de los juramentos que en lo íntimo de tu corazón has pronunciado.

— Nectabano, dijo el caballero, jamas ho-

llaré las obligaciones que me imponen mi cariño, y la órden que profeso; mas dime por tu vida, ¿sabe mi dama la grave responsabilidad que se me ha impuesto? ¿Sabe que la muerte... y aun la muerte no es nada para quien sabe reñir y amar; pero el deshonor, la afrenta, la ignominia, la execracion de mi nombre podrán ser los castigos que me aguardan si falto de aquí antes que nazca el dia? ¿Cabe en su discrecion la idea de precipitarme en un abismo de desventuras? No puede ser: la princesa ha querido burlarse de su servidor, y mas que otra cosa, lo prueba el mensajero de que se ha valido.

— Está bien, dijo Nectabano, y bien haces en lo que gustes. Poco me importa, añadió empezando á bajar de la plataforma, que seas ó no falso y traidor á tan elevada persona. Dios te guarde.

— Detente, exclamó sir Kenneth, y responde tan solo á una pregunta. ¿Está cerca de aquí la dama que te envia?

— ¿Qué vale lo cerca ó lo lejos? respondió el enano. ¿Se miden acaso la fidelidad y la

obediencia por toesas, por leguas ó por millas? ¿Son los fieles amantes correos que reciben la paga en proporcion á la distancia que atraviesan? ¡Alma amasada en sospechas! quiero decirte sin embargo que la hermosa dueña de ese joyel está á tiro de mi ballesta del desleal caballero, sin ley y sin valor, en quien se ha dignado echar una mirada de piedad.

Sir Kenneth suspiró, miró á todas partes, y clavó de nuevo la vista en el joyel, para cerciorarse de que no habia engaño ni perfidia en la embajada de Nectabano. — Otra pregunta y no mas, le dijo. ¿Será muy larga mi ausencia de este sitio? ¿cuánto tiempo...?

— ¡Tiempo dijiste! exclamó el enano, interrumpiendo á sir Kenneth, y hablando con toda la seriedad de que sus irregulares facciones eran susceptibles. ¿Qué es lo que tú llamas tiempo? ¿Es cosa que se ve, que se palpa ó que se come? El tiempo es un nombre sin significado: es una serie de respiraciones que se cuentan de noche por los golpes de una campana, y de dia por la sombra

de una punta de hierro. ¿Sabes tú como cuentan el tiempo los caballeros leales? por las empresas que acometen, y las proezas que hacen en honor de su Dios y de su dama.

— Verdades son esas, dijo sir Kenneth, que no aguardaba oír de tu boca. ¿Y mi dama quiere emplear en su gloria y defensa el vigor de mi brazo? ¿Y no puede diferirse su servicio para cuando amanezca?

— Ahora ó nunca, respondió Nectabano, y sin la pérdida del tiempo que tardan en caer tres granos de arena en el cristal, oye las palabras que de sus labios de clavel salieron: dí á sir Kenneth, que la mano que da rosas sabe dar tambien laureles.

Esta alusion á los sucesos de la capilla del desierto despertó un cúmulo de memorias en el alma del Escoces. Ya no le era posible dudar de ser Edit quien le llamaba. Los pimpollos aunque marchitos estaban atesorados debajo de la armadura, y colocados sobre su corazon. No podia resolverse á perder la única ocasion que hasta entonces se le habia presentado de merecer directamente un fa-

vor de la que adoraba. El enano al mismo tiempo aumentaba la borrasca de sus encontrados sentimientos, insistiendo en recobrar el anillo, ó en que sir Kenneth bajase de la plataforma.

— Aguarda un instante, dijo sir Kenneth, y como hablando á sus solas, ¿ soy por ventura, decia, vasallo ó esclavo del rey de Inglaterra? ¿ Soy mas que un caballero libre, que he venido voluntariamente á pelear bajo la bandera de Cristo? Dios y mi dama: á estos y á nadie mas sirvo.

— El anillo, el anillo y concluyamos, exclamó con impaciencia el mensajero; falso y descomedido amante, devuélveme ese anillo que no eres digno de tocar con tus manos, ni de mirar con tus ojos.

— ¿No he de reflexionar, preguntó sir Kenneth, en tan grave conflicto? ¿ Qué haria yo si los Sarracenos atacasen de pronto nuestras líneas? ¿ Me estaria aquí plantado como un vasallo de Inglaterra, cuidando de que no sufriese insulto su soberbia, ó acudiria á la defensa de la cruz? Pues despues de Dios, mi

dama: tal es mi juramento; tal es mi pleito-homenaje... ¡ Y Corazón de Leon! ¡ Y mi promesa! ¡ y mi encargo! ¡ y Leopoldo!..... Nectabano, por última vez, dime dónde está la que te envia.

— La luna, respondió el enano, brilla ahora sobre una bola dorada, que vale tanto como el rescate de un emir. Aquel es el pabellon: allí te aguardan.

— No es lejos, dijo sir Kenneth, cerrando desesperadamente los ojos á todas las consecuencias. No es lejos, por cierto. Bien puedo oír desde allí el ladrido de mi alano, y pocos momentos me bastarán para echarme á los pies de mi dama, y saber lo que requiere de su esclavo. Roswal, gritó entonces el Escoces, llamando al perro, y señalándole con el dedo el puesto que debia ocupar durante su ausencia; aquí: sin me nearte.

El intrépido y dócil animal miró atentamente á su dueño, como si quisiera responderle que entendia y ejecutaria su mandato, y en seguida fué á echarse al pie del

asta, con la cabeza y las orejas erguidas, en actitud de recelo y vigilancia.

— Obedezco, dijo sir Kenneth, el alto precepto que me has notificado. Vamos aprisa.

— Vaya aprisa quien quiera, ó quien pueda, respondió Nectabano. No has sido tú tan ligero en resolverte; además que eso no es andar como hombre, sino como el avestruz del desierto.

Nectabano en efecto no podía seguir los pasos agigantados del caballero, que aguijoneado por el amor y por el honor, hubiera querido tener alas para desempeñar estas dos obligaciones sin comprometer ninguna de ellas. La lentitud de su compañero empeoraba su situación y aumentaba sus peligros. Pero ¿qué partido podía abrazar en circunstancias tan urgentes? No le era dado estimularle con dones, por hallarse enteramente desprovisto; convencerle con razones, y reducirle con súplicas, hubiera sido prolongar la crítica situación en que se hallaba: así que, en un movimiento de impaciencia, le tomó en brazos, y no obstante el miedo y las plegarias

de Nectabano, le llevó de este modo hasta cerca del pabellon de la reina. Al acercarse sir Kenneth echó de ver la guardia que estaba á la puerta, y aunque dormían profundamente los que la componían, se detuvo de pronto, puso en el suelo su carga, y pensó en lo que haría para que los soldados no le descubriesen; pues la entrada de un caballero á aquellas horas en la mansion de la esposa de Ricardo, podía suscitar sospechas, y dar pábulo á malignos comentarios. Nectabano, ofendido de la libertad que con él había tomado el Escocés, tuvo que disimular su resentimiento, de miedo de verse segunda vez arrebatado, como el galápago de la fábula, en los garfios del águila. Abstúvose pues de reconvenirle, y tomándole por la mano, le condujo por detras de las tiendas inmediatas evitando la vista de los soldados, hasta un recodo que formaba el pabellon de la reina. Allí se inclinó casi hasta el suelo, y levantó á la altura de dos pies, uno de los lienzos que formaban los muros de aquel ligero edificio, indicando á sir Kenneth que

por aquella abertura debía introducirse como mejor pudiera. El caballero vaciló en obedecerle pareciéndole indecoroso aquel modo de entrar en tan respetable sitio; pero la sortija de rubíes acallaba la voz de sus escrúpulos. Puesto que su dama le distinguía así, solo le tocaba á él callar y someterse.

Encorvóse, pues, cuanto se lo permitía la armadura, y oyó al enano que desde afuera le decía: «No te muevas de ahí hasta que yo te llame.»

CAPITULO VI.

Entró sir Kenneth del modo que hemos referido, y se halló envuelto en profunda oscuridad. Algunos minutos estuvo sin oír rumor alguno; minutos que le parecieron siglos, considerando el riesgo en que dejaba el símbolo del honor de Inglaterra, y